

①

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

clama que a tan claras verdades no correspondía. A lo que dijo Camila:

- ¿Pero ¿todo aquello que los poetas enamorados es verdad?

- En cuanto poetas, no lo dicen - respondió Lotario -; mas en cuanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos.

- No hay duda de eso - replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del estificio de Anselmo como ya enamorada de Lotario.

Y así con el gusto que de sus cosas tenía, y más teniendo por entendido que sus deseos y escritos a ella se encaminaban y que elle era la verdadera Clorile rogó que si otro soneto o otros versos se le dijese.

- Si sé - respondió Lotario -; pero no creo que es tan bueno como el primero, o, por mejor decir, menos malo. Y podéis lo buen juzgar, pues es éste:

2

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

SONETO

Yo sé que muero, y si no soy creído,
es más cierto el morir, como es más cierto
verme a tus pies, ¡oh bella ingrata!, muerto,
antes que de adorante arrepentido.

Podré yo verme en la región de olvido,
de vida y gloria y de favor desierto,
y allí verse podrá en mi pecho abierto
como tu hermoso rostro está esculpido

Que esta reliquia guardo para el duro
trance que me amenaza mi porfía,
que en tu mismo rigor se fortalece.

¡Ay de aquel que navega, el cielo oscuro,
por mar no usado y peregrina vía,
adonde norte o puerto no se ofrece!

También alabó este segundo soneto Anselmo como había hecho el primero, y de esta manera iba añadiendo eslabón a eslabón a la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra, pues cuando más Lotario le deshonraba, entonces le decía que estaba más honrado; y con esto todos los escalones que Eamicia bajaba hacia el centro de su menaspresio, lo subía, en la opinión de su marido, hacia la cumbre de la virtud y de su buena fama.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

Sucedió en esto que hallándose una vez, entre todas sola Camila con su doncella, le dijo: -Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en cuán poco he sabido estimarme, pues siguiera no hice que con el tiempo comprara Zotario la entera posesión que le di tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza o ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. -No te dé pena eso, señora mía -respondió Leonela -, que no está la monta ni es causa para mengua de la estimación darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno y ello por sí digno de estimarse. Y aun suele decirse que el que luego da, da dos veces. -también se suele decir - dijo Camila - que lo que cuesta poco se estima en menos. -No corre por ti esa razón -respondió Leonela - por que el amor, según he oído decir, unas veces vuela y otras anda; con éste corre y con aquel va despacio; a unos entibia y a otros abraza; a unos hiere y a otros mata; en un mismo punto comienza la carrera de sus sueños y en aquél mismo punto la acaba y la conduce; por la mañana suele poner el cerco a una foraleza y a la noche la tiene rendida, por que no hay fuerza que le resista. Y siendo así ¿de qué te espantas, o de qué temes

(4)

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

temes, si lo mismo debe de haber acontecido a Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendirnos la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenía determinado, sin dar en ella se concluyese lo que el amor tenía determinado, sin dar tiempo al tiempo para que Anselmo le tuviese de volver y con su presencia quedase imperfecta la obra; porque el amor no tiene otro mejor ministro para ejecutar lo que desea que es la ocasión: de la ocasión se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien, más de experiencia que de oídas, y algúndía te lo diré, señora, que yo también soy de carne, y de sangre moza. Quanto más, señora Camila, que no te entregaste ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádilas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuán digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es así, no te abalten la imaginación esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas a él, y vive con contento y satisfacción de que, ya que caíse en el lazo amoroso, es el que te aprinda de valor y de estima, y que no sólo tiene las cuatro eses que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un abecé entero: si no, escúchame, y verás como te lodigo de caro. Él es, según yo veo

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

y a mí me parece, agradecido, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, honesto, principal, quantioso, rico y las eses que dicen, y luego, táctico, verdadero. La x no le cuadra, porque es letra áspera; la y ya está dicha; la z, zelador de tu honra.

Rióse Camila del abecé de su doncella y túvola por más plática en las cosas de amor que ella decía, y así lo confesó ella, descubriendo a Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido, de la misma ciudad; de lo cual se turbó Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podía correr riesgo. Apuro la si pasaban sus pláticas a más que serlo. Ella, con poca vergüenza y mucha desenvoltura, le respondió que sí pasaban. Porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza a las criadas, las cuales, cuando ven a las amas echar traspicós, no se les da nada a ellas de cojear ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila sino rogar a Leonela no dijese nada de su hecho al que decía ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, porque no viniessen a noticia de Anselmo ni

6

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

de Lotario. Leonela respondió que así lo haría, mas cumplió de manera que hizo cierto el temor de Camila de que por ella había de perder su crédito. Porque la deshonesto y atrevida Leonela, después que vio que el proceder de su ama no era el que solía, atreviéndose a entrar y poner dentro de casa a su amante, confiada que, aunque su señora le viese, no había de osar descubrille. Que este año, acarrear, entre otras, los pecados de las señoras: que se hacen esclavas de sus propias criadas y se obligan a cubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila; que aunque vió una y muchas veces que su Leonela estaba con su galán en un aposento de su casa, no sólo la osaba reñir, mas dábale lugar a que lo encerrase y quitábale todos los estorbos, para que no fuese visto de su marido.

Pero no los pudo quitar de Lotario no le viese una vez salir tan a destora de casa al romper del alba; el cual, sin conocer quién era, pensó primero que debía ser alguna fantasma, mas cuando le vio caminar, enbozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento y dio en otro, que fuera la perdición

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

De todas si Camila no lo remediara. Pensó Lotario que aquel hombre que había querido salir tan a deshora de casa de Anselmo no había entrado en ella por Leonela, ni aún se acordó si Leonela era en el mundo: sólo creyó que Camila, de la misma manera que había sido fácil y ligera con él, lo era para otro; que estas añiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra con el mismo cuerpo se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega a otros y da infalible crédito a cualquiera sospecha que de esto le venga. Y no parece sino que le faltó a Lotario en este punto todo su buen entendimiento y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues, sin hacer alguno que bueno fuese, ni aún razonable, sin más ni más, antes de que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la celosa rabia que las entrañas le roía, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le había ofendido, se fue a Anselmo y le dijo:

-Sábetelo, Anselmo, que ha muchos días que te andado peleando conmigo mismo, haciéndome fuerza a no decirte lo que ya no es posible ni justa que

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

más te enculbra. Sábetete que la fortaleza de Camila está ya vendida, y sujeta a todo aquello que yo quisiere hacer de ella; y si he tardado en descubrirete esta verddd, ha sido por ver si era algún liviano antojo suyo o si lo hacía por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado. Creí asimismo que ella, si fuera la que debía y la que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que, cuando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas y era la verdad que allí le solía hablar Camila. Y no quiero que precipitósamente corras a hacer alguna venganza, pues no está aún cometido el pecado sino con pensamiento, y podría ser que desde éste hasta

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

el tiempo de ponerle por obra se mudase el de Camila y naciese en su lugar el arrepentimiento. Y, así, ya que en todo o en parte has seguido siempre mis consejos, síguelos y guarda uno que ahora te diré, para que sin engaño y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que más vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos o tres días, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay y otras cosas con que te puedes encubrir te ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos, y yo por los míos, lo que Camila quere; y si fuere la maldad que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discrección podrás ser el verdugo de tu agravio.

Absurdo, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque ya teniale cogieron en tiempo donde menos los esperaba oír, porque ya tenía a Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario y comenzaba a gozar la gloria

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo:

-Tú lo ~~has~~ hecho, Lotario, como ya esperaba de tu amistad; en todo he de seguir tu consejo: haz lo que quisieres y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado.

Prometióselo Lotario, y en apartándose de él se arrepintió totalmente de cuanto le había dicho, viendo cuán neciamente había andado, pues pudiera él vengarse de Camila; y no por camino tan cruel y tan deshonorado. Maldecía su entendimiento, afeaba su ligera determinación y no sabía qué medio tomarse para deshacer lo hecho o para darle alguna razonable salida. Al fin, acordó de dar cuenta de todo a Camila; y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo día halló sola, y ella, así como vio que le podía hablar le dijo:

-Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazón, que me le aprieta de suerte que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravillosa si no lo hace; pues ha llegado la desvergüenza de Leonela a tanto, que cada noche encierra a un galán suyo en esta casa

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

y se está con él hasta el día, tan a costa de mi crédito cuanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir a horas tan insusitadas de mi casa. Y lo que me fatiga es que no la pueda castigar, ni venir, que el ser ella secretario de nuestros tantos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algún mal suceso. Al principio que Camila esta decía, creyó lotario que era artificio para desmentelle que el hombre que había visto salir era de Leonela, y no suyo; pero viéndola llorar y afligirse y pedirle remedio, vino a creer la verdad, y en creyéndola acabó de estar confuso y arrepentido del todo. Pero, con todo esto, respondió a Camila que no tuviese pena, que él ordenaría remedio para atajar la insolencia de Leonela. Díjole asimismo lo que, indignado de la furiosa rabia de los celos, había dicho a Anselmo, y cómo estaba concertado de esconderse en la recámara, para ver desde allí a la clara la poca lealtad que ella le guardaba. Pídióle perdón de esta locura, y consejo para poder remedialla.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

Y salir de tan revuelto laberinto como su mal discurso le había puesto. Espantada quedó Camila de oír lo que Lotario le decía, y con mucho enojo y muchas y discretas razones le riñó y agrió su mal pensamiento y la simple y mala determinación que había tenido; pero como naturalmente la mujer ingenio presto para el bien y para el mal, más que el varón, puesto que le riñó y le va faltando cuando de propósitos se pone a hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inescandiese Anselmo donde decía, porque ella pensaba sacar de su escandimiento comodidad para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno; y, sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado que, en estando Anselmo escandido, él viniese cuando Leonela le llamase y que a cuanto ella le dijese le respondiese como respondiera aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porgió Lotario que le acabase de declarar su intención, porque con más seguridad y aviso guardárase todo lo que viesse ser necesario.

- Digo - dijo Camila - que no hay más que guardar, si no fuere responderme como yo es preguntarme - no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

pensaba hacer, temeraria que no quisiese seguir el parecer que a ella tan bueno le parecía y quisiese buscarse otros que no podrían ser tan buenos.

Con esto se fue Latorio; y Anselma, otro día, con la excusa de ir a aquella aldea de su amiga, se partió y volvió a escamodearse, que lo pudo hacer con camadidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela.

Escamodada, pues, Anselmo, con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendría el que esperaba ver por sus ojos hacer natamía de las entrañas de su hembra, vióse a pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenía en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escamodado, entraron en la recámara; y apenas hubo puesto las pies en ella Camila, cuando, dando un grande suspiro, dijo:

-¡Ay, Leonela amiga! ¿No sería mejor que antes que llegase a pamer en ejecución lo que no quiero que sepas, porque no precives estorbarte, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido y pasases con ella este infame pecho mío? Pero no hagas tal, que no será razón que yo lleve la pena de la ajena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieran en mí las atrevidas y deshonestas ojos de Latorio que fuese causa de darle atrevimiento a descubrirme un tan mal deseo como es el que me ha

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

descubierto, en desprecio de su amigo y en deshonra mía. Ponte, Leonela, a esa ventana y llámale, que sin duda alguna, debe de estar en la calle, esperando poner en efecto su mala intención. Pero primero se pondrá ~~caro~~ la cruel cuanto honrada mía.

- ¡Ay, señora mía! - respondió la sagaz y advertida Leonela - ¿Y qué es lo que quieres hacer con esta daga? ¿Quieres por ventura quitarte la vida o quitársela a Lotario? Que cualquiera de estas cosas que quieras ha de de reanudar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio y no des lugar a que este mal hombre entre ahora en esta casa y nos halle solas. Mira, señora, que somos flacas mujeres, y él es hombre, y determinado; y como viene con aquel mal propósito, ciego y apasionado, quizá antes que tú pongas en ejecución el tuyo hará él lo que te estaría más mal que quitarte la vida. ¡Mal haya mi señor Aselmo, que tanta mano le ha querido dar a este

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

desuelta—cafas en su casa! X ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿qué hemos de él después de muerto? ¿Qué, amiga? respondió Camila—. Dejémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio parece que ofendo a la lealtad que a mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, ya cada palabra que Camila decía se le mudaban los pensamientos; más cuando entendió que estaba resuelta en matar a Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiciese, pero detórole el deseo de ver en qué paraba tal gallardía y honesta resolución, con propósito de salir a tiempo que la estorbare. Tomole en esto a Camila un fuerte desmalló y, arrojándole encima de una cama de allí estaba, comenzando

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

Leonela a llorar muy amargadamente y a decir:

- ¡Ay, desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la gloria de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad...!

Con otras cosas a éstas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuviera por la más lastimada y leal doncella del mundo, y a su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila y, al volver en sí, dijo:

- ¡Por qué no vas, Leonela, a llamar al más leal amigo de amigo que vio el sol o cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se engoque con la tardanza el fuego de la cólera que tengo y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero.

- Ya voy a llamarle, señora mía - dijo Leonela -, mas hasme de dar primero la daga, porque no haga cosa, en tanto que galto, que dejes con ella que llorar toda la vida a todos los que bien te quieren.

- Ve segura, Leonela amiga, que no haré - respondió Camila -, porque ya que sea atrevida y simple, a tu parecer, en volver por mi honra,